

estaba aquel día muy perezoso, moviéndose tan sólo á ratos con indolente majestad; y el aparato, después de gemir un instante como si trabajara de mala gana, quedaba inactivo en medio del silencio del campo. Ganas tenían las dos recogidas de seguir charlando; pero la monja no las dejaba, y quiso ver cómo aclaraban la ropa. Después las amigas tuvieron que separarse, porque era jueves y Fortunata había de vestirse para recibir la visita de los de Rubín. Mauricia se quedó sola tendiendo la ropa.

Maximiliano dijo categóricamente aquella tarde que, por acuerdo de la familia y con asentimiento de la Superiora, en el próximo mes de Septiembre se daría por concluida la reclusión de Fortunata, y ésta saldría para casarse. Las madres no tenían queja de ella y alababan su humildad y obediencia. No se distinguía, como Belén y Felisa, por su ardiente celo religioso, lo que indicaba falta de vocación para la vida claustral; pero cumplía sus deberes puntualmente, y esto bastaba. Había adelantado mucho en la lectura y escritura, y se sabía de corrido la doctrina cristiana, con cuya luz las Micaelas reputaban á su discípula suficientemente alumbrada para guiarse en los senderos rectos ó tortuosos del mundo; y tenían por cierto que la posesión de aquellos principios daba á sus alumnas increíble fuerza para hacer frente á todas las dudas. En esto hay que contar con la indo-

le, con el esqueleto espiritual, con esa forma interna y perdurable de la persona, que suele sobreponerse á todas las transfiguraciones epidémicas producidas por la enseñanza; pero con respecto á Fortunata, ninguna de las madres, ni aun las que más de cerca la habían tratado, tenían motivos para creer que fuera mala. Considerábanla de poco entendimiento, docilota y fácilmente gobernable. Verdad que en todo lo que corresponde al reino inmenso de las pasiones las monjas apenas ejercitaban su facultad educatriz, bien porque no conocieran aquel reino, bien porque se asustaran de asomarse á sus fronteras.

Debe decirse que aquella tarde, cuando Maximiliano habló á su futura de próxima salida, los sentimientos de ella experimentaron un retroceso. ¡Salir, casarse!... En aquel instante parecióle su dichoso novio más antipático que nunca, y advirtió con miedo que aquellas regiones magníficas de la hermosura del alma no habían sido descubiertas por ella en la soledad y santidad de las Micaelas, como le anunciara Nicolás Rubín, á pesar de haber rezado tanto y de haber oído *tantismos* sermones. Porque lo que el capellán decía en el púlpito era que debemos hacer todo lo posible para salvarnos, que seamos buenos y que no pequemos; también decía que se debe amar á Dios sobre todas las cosas y que Dios es *hermosísimo* en sí y tal como

el alma le ve; pero á ella se le figuraba que por bajo de esto quedaba libre el corazón para el amor mundano, que éste entra por los ojos ó por la simpatía, y no tiene nada que ver con que la persona querida se parezca ó no se parezca á los santos. De este modo caía por tierra toda la doctrina del cura Rubín, el cual entendía tanto de amor como de herrar mosquitos.

En resumen, que los sentimientos de la prójima hacia su marido futuro no habían cambiado en nada. No obstante, cuando Maximiliano le dijo que ya tenía elegida la casita que iba á alquilar y le consultó acerca de los muebles que compraría, aquella presunción ó sentimiento de su hogar honrado despertó en el ánimo de Fortunata la dignidad de la nueva vida: se sintió impulsada hacia aquel hombre que la redimía y la regeneraba. De este modo vino á mostrarse complacidísima con la salida próxima, y dijo mil cosas oportunas acerca de los muebles, de la vajilla y hasta de la batería de cocina.

Despidiéronse muy gozosos, y Fortunata se retiró con la mente hecha á aquel orden de ideas. ¡Un hogar honrado y tranquilo!... ¡Si era lo que ella había deseado toda su vida!... ¡Si jamás tuvo afición al lujo ni á la vida de aparato y perdición!... ¡Si su gusto fué siempre la obscuridad y la paz, y su maldito destino la llevaba á la publicidad y á la inquietud!... ¡Si ella había soñado siempre con verse rodeada de un co-

ro chiquito de personas queridas, y vivir como Dios manda, queriendo bien á los suyos y bien querida de ellos, pasando la vida sin afanes!... ¡Si fué lanzada á la vida mala por despecho y contra su voluntad, y no le gustaba, no, señor, no le gustaba!... Después de pensar mucho en esto hizo examen de conciencia, y se preguntó qué había obtenido de la religión en aquella casa. Si en lo tocante á prendarse de las guapezas del alma había adelantado poco, en otro orden algo iba ganando. Gozaba de cierta paz espiritual, desconocida para ella en épocas anteriores, paz que sólo turbaba Mauricía arrojando en sus oídos una maligna frase. Y no fué esto la única conquista, pues también prendió en ella la idea de la resignación y el convencimiento de que debemos tomar las cosas de la vida como vienen, recibir con alegría lo que se nos da, y no aspirar á la realización cumplida y total de nuestros deseos. Esto se lo decía aquella misma claridad esencial, aquella *idea blanca* que salía de la custodia. Lo malo era que en aquellas largas horas, á veces aburridas, que pasaba de rodillas ante el Sacramento, la faz envuelta en un gran velo al modo de mosquitero, la pecadora solía fijarse más en la custodia, marco y continente de la sagrada forma, que en la forma misma, por las asociaciones de ideas que aquella joya despertaba en su mente.

Y llegaba á creerse la muy tonta que la for-

ma, *la idea blanca*, le decía con familiar lenguaje semejante al suyo: «No mires tanto este cerco de oro y piedras que me rodea, y mírame á mí que soy la verdad. Yo te he dado el único bien que puedes esperar. Con ser poco, es más de lo que te mereces. Acéptalo y no me pidas imposibles. ¿Crees que estamos aquí para mandar, verbigracia, que se altere la ley de la sociedad sólo porque á una marmotona como tú se le antoja? El hombre que me pides es un señor de muchas campanillas y tú una pobre muchacha. ¿Te parece fácil que Yo haga casar á los señoritos con las criadas ó que á las muchachas del pueblo las convierta en señoras? ¡Qué cosas se os ocurren, hijas! Y además, tonta, ¿no ves que es casado, casado por mi religión y en mis altares? ¡Y con quién!, con uno de mis ángeles hembras. ¿Te parece que no hay más que enviudar á un hombre para satisfacer el antojito de una corrida como tú? Cierto que lo que á mí me conviene, como tú has dicho, es traerme acá á Jacinta. Pero eso no es cuenta tuya. Y supón que la traigo, supón que se queda viudo. ¡Bah! ¿Crees que se va á casar contigo? Sí, para ti estaba. ¡Pues no se casaría si te hubieras conservado honrada, *cuanti más*, sosona, habiéndote echado tan á perder! Si es lo que Yo digo: parece que estáis locas rematadas, y que el vicio os ha secado la mollera. Me pedís unos disparates que no sé cómo los oigo. Lo que importa es dirigirse á

Mí con el corazón limpio y la intención recta, como os ha dicho ayer vuestro capellán, que no habrá inventado la pólvora; pero, en fin, es buen hombre y sabe su obligación. A ti, Fortunata, te miré con *indulgencia* entre las descarriadas, porque volvías á Mí tus ojos alguna vez, y Yo vi en ti deseos de enmienda; pero ahora, hija, me sales con que sí, serás honrada, todo lo honrada que Yo quiera, siempre y cuando que te dé el hombre de tu gusto... ¡Vaya una gracia!... Pero en fin, no me quiero enfadar. Lo dicho, dicho: soy infinitamente misericordioso contigo, dándote un bien que no mereces, deparándote un marido honrado y que te adora, y todavía refunfuñas y pides más, más, más... Ved aquí por qué se cansa Uno de decir que sí á todo... No calculan, no se hacen cargo estas desgraciadas. Dispone Uno que á tal ó cual hombre se le meta en la cabeza la idea de regenerarlas, y luego vienen ellas poniendo peros. Ya salen con que ha de ser bonito, ya con que ha de ser Fulano, y si no, no. Hijas de mi alma, Yo no puedo alterar mis obras ni hacer mangas y capirotos de mis propias leyes. ¡Para hombres bonitos está el tiempo! Conque resignarse, hijas mías, que por ser cabras no ha de abandonaros vuestro pastor; tomad ejemplo de las ovejas con quien vivís; y tú, Fortunata, agradéceme sinceramente el bien inmenso que te doy y que no te mereces, y déjate de hacer melindres y de pedir gollerías,

porque entonces no te doy nada y tirarás otra vez al monte. Conque, cuidadito...»

Cuando las recogidas, al retirarse, se quitaban el velo, las más próximas á Fortunata notaron que ésta se sonreía.

VIII

Es cosa muy cargante para el historiador verse obligado á hacer mención de muchos pormenores y circunstancias enteramente pueriles, y que más bien han de excitar el desdén que la curiosidad del que lee, pues aunque luego resulte que estas nimiedades tienen su engranaje efectivo en la máquina de los acontecimientos, no por esto parecen dignas de que se les traiga á cuento en una relación verídica y grave. Ved, pues, por qué pienso que se han de reir los que lean aquí ahora que Sor Marcela tenía miedo á los ratones; y no valdrá seguramente añadir que el miedo de la cojita era grande, espantoso, ocasionado á desagradables incidentes y aun á derivaciones trágicas. Como ella sintiera en la soledad de su celda el bulle bulle del maldecido animal, ya no pegaba los ojos en toda la noche. Le entraba tal rabia, que no podía ni siquiera rezar; y la rabia, más que contra el ratón, era contra Sor Natividad, que se había empeñado en que no hubiera gatos en el convento, porque el último que allí existió no participaba de sus

ideas en punto al aseo de todos los rincones de la casa.

En una de aquellas noches de Agosto le dió el diminuto roedor tanta guerra á la madrequita, que ésta se levantó al amanecer con la firmísima resolución de cazarlo y hacer el más terrible de los escarmientos. Era tan insolente el tal, que después de ser día claro se paseaba por la celda muy tranquilo y miraba á Sor Marcela con sus ojuelos negros y pillines. «Verás, verás—dijo ésta subiéndose con gran trabajo á la cama, porque la idea de que el ratón se acercase á uno de sus pies, aunque fuera el de palo, causábale terror,—lo que es hoy no te escapas...; déjate estar, que ya te compondremos.»

Llamó á Fortunata y á Mauricia, y en breves palabras las puso al corriente de la situación. Ambas recogidas, particularmente la Dura, no querían otra cosa. Ó se apoderaban del enemigo, ó no eran ellas quienes eran. Bajó Sor Marcela á la iglesia, y las dos mujeres emprendieron su campaña. No quedó trasto que no removieran, y para separar de su sitio la cómoda, que era pesadísima, estuvieron haciendo esfuerzos varoniles cosa de un cuarto de hora, no acabando antes porque la risa les cortaba las fuerzas. Por fin, tanto trabajaron, que cuando Sor Marcela salió de la iglesia, una monja le dió la feliz noticia de que el ratón había sido cogido. Subió la enana á su celda, y la algarazara de las recogidas

le anunciaba por el camino las diabluras de Mauricia, que tenía el ratón vivo en la mano y asustaba con él á sus compañeras.

Costó algún trabajo restablecer el orden y que Mauricia diese muerte á la víctima y la arrojase. Sor Marcela dispuso que le volviesen á poner los trastos de la celda lo mismo que estaban, y acabóse el cuento del ratón.

El día siguiente fué uno de los más calurosos de aquel verano. En las habitaciones que caían al Mediodía éra imposible parar, porque faltaba el aire respirable. Dondequiera que daba el sol, el ambiente seco, quieto y abrasado tostaba. Ni aun las ramas más altas de los árboles de la huerta se movían, y el disco de Parson, inmóvil, miraba á la inmensidad como una pupila cuajada y moribunda. De doce á tres se suspendía todo trabajo en la casa, porque no había cuerpo ni espíritu que lo resistiera. Algunas monjas se retiraban á su celda á dormir la siesta; otras se iban á la iglesia, que era lo más fresco de la casa, y sentadas en las banquetas, apoyando en la pared su espalda, ó rezaban con somnolencia, ó descabezaban un sueñecillo.

Las *Filomenas* caían también rendidas de cansancio. Algunas se iban á sus dormitorios, y otras tendíanse en el suelo de la sala de labores ó de la escuela. Las monjas que las vigilaban permitían aquella infracción de la regla, porque

ellas tampoco podían resistir, y cerrando dulcemente sus ojos y arrullándose en un plácido arrobo, conservaban en las facciones, como una careta, el mohín de la maestra, cuya obligación es mantener la disciplina.

En la sala de escuela había dos ó tres grupos de mujeres sentadas en los bancos, con la cabeza y el busto descansando sobre las mesas. Algunas roncaban con estrépito. La monja se había dormido también con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. En una de las carpetas de estudio, dos recogidas velaban: una era Belén, que leía en su libro de rezos, y la otra Mauricia la Dura, que tenía la cabeza inclinada sobre la carpeta, apoyando la frente en un puño cerrado. Al principio su vecina Belén creyó que rezaba, porque oyó cierto murmullo y algún silabeo fugaz. Pero luego observó que lo que hacía Mauricia era llorar.

—¿Qué tienes, mujer?—le dijo Belén, alzándole á viva fuerza la cabeza.

La pecadora no contestó nada; mas la otra pudo observar que su rostro estaba tan bañado en lágrimas como si le hubiesen echado por la frente un cubo de agua, y sus ojos encendidos y aquella grandísima humedad igualaban el rostro de Mauricia al de la Magdalena; así al menos lo vió Belén. Tantas preguntas le hizo ésta y tanto cariño le mostró, que al fin obtuvo respuesta de la pobre mujer desolada, que no

parecía tener consuelo ni hartarse nunca de llorar.

—¿Qué he de tener, desgraciada de mí?— exclamó al fin bebiéndose sus lágrimas,—sino que hoy, sin saber por qué ni por qué no, me veo tal y como soy; soy mala, mala, más que mala, y se me vienen al filo del pensamiento toditos los pecados que he cometido, desde el primero hasta el último...

—Pues, hija—arguyó Belén con aquel sonsnete que había aprendido y que tan bien se acomodaba á su figura angelical y á sus moditos insinuantes,—ten entendido que aunque tus crímenes fueran tantos como las arenas de la mar, Dios te los perdonará si te arrepientes de ellos.

Oír esto Mauricia y dar un gran berrido y soltar otra catarata de lágrimas fué todo uno.

—No, no, no—murmuró luego entre sollozos tales que parecía que se ahogaba.—A mí no me puede perdonar, á mí no, porque he sido muy arrastrada, pero mucho, y cuanto pecado hay, chica, lo he cometido yo... Y si no, di uno, nómbrame el que quieras, y de seguro que lo tengo metido aquí...

—Qué cosas tienes, mujer—observó Belén muy apurada, acordándose de cuando fué corista y representándose con terror el escenario de la Zarzuela;—otras han hecho también pecados feos, de los más feos, pero los han llorado como tú, y cátalas perdonadas.

Mauricia tenía un pañuelo en la mano; pero con la humedad del lloro y del sudor era ya como una pelota. Amasábalo en la mano y se lo pasaba por la angustiada frente.

—¿Pero cómo te ha dado así... tan de repente?—dijo la otra confusa.—¡Ah!, es que Dios toca en el corazón cuando menos lo piensa una. Llorra, hija, desahógate, y no te asustes... ¿Sabes lo que vas á hacer? Mañana te confiesas... Puede que se te haya quedado algo por decir y confesar, porque siempre se queda algo sin saber cómo, y esos pozos son lo que más atormenta...; pues dilo todo, rebaña bien... Así lo hice yo, y hasta que lo hice no tuve tranquilidad. Luego el perro de Satanás me atormentaba por vengarse, y cuando empezaba la misa, á mi me parecía que alzaban el telón, y cuando yo rompía á cantar, se me venía á la boca aquello de *El Siglo*, que dice: «*Somos figurines vivos...*» Y un día por poco no lo suelto... Pillinadas del diablo; pero no podía conmigo ni con mi fe, y tanto hice que lo metí en un puño; y ahora que se atreva, ¿á que no se atreve?... Llorra, hija, llora todo lo que quieras, que Dios te iluminará y te dará su gracia.

Ni por esas. Mientras más consuelos le daba Belén, más inconsolable estaba la otra, y más caudaloso era el río de sus lágrimas. Sor Antonia, la madre que gobernaba allí, se despertó, y para disimular su descuido, dió una fuerte voz,

sin incomodarse mucho con las durmientes, y añadiendo que hacía un calor horrible. Un instante después Belén y la monja cuchichearon, sin duda á propósito de Mauricia, á quien miraban. Tenía Belén vara alta con las señoras, por su humildad y devoción y por la diligencia con que iba á contarles cuanto hacían y decían sus compañeras.

Era domingo, y á las cuatro toda la comunidad entró en la iglesia, donde había ejercicio y sermón. Las *Filomenas* ocuparon su sitio detrás de las monjas, unas y otras con los velos por la cabeza. Las *Josefinas* permanecían en la habitación que hacía de coro. Belén y las demás cantoras entonaban inocentes romanzas, mientras duró el Manifiesto, en las cuales se decía que tenían el *pecho ardiendo en llamas de amor* y otras candideces por el estilo. La que tocaba el *armonium* hacía en los descansos unos ritornellos muy cursis. Pero á pesar de estas profanaciones artísticas, la iglesita estaba muy mona, como diría Manolita, apacible, misteriosa y relativamente fresca, inundada de la fragancia de las flores naturales.

A Fortunata le tocó al lado Mauricia. Cuenta la que después fué señora de Rubín, que en una ocasión que miró á su compañera, hubo de observar al través del velo suyo y del de ella una expresión tan particular que se quedó atónita. Mauricia, al entrar, lloraba; pero al cabo de un

rato más bien parecía reirse con contenida y satánica risa. Fortunata no pudo comprender el motivo de esto, y creyó que la obscuridad del velo le desfiguraba la realidad de la cara de su pareja. Volvió á mirar con disimulo, haciendo que se volvía para ahuyentar una mosca, y... ello podría ser ilusión, pero los ojos de Mauricia parecían dos ascuas. En fin, todo sería aprensión.

Subió D. León Pintado al púlpito, y echó un sermonazo lleno de los amaneramientos que el tal usaba en su oratoria. Lo que aquella tarde dijo habíalo dicho ya otras tardes, y ciertas frases no se le caían de la boca. Tronó, como siempre, contra los librepensadores, á quienes llamó *apóstoles del error* unas mil y quinientas veces. Al salir de la iglesia, Fortunata echó, como de costumbre, una mirada al público, que estaba tras de la verja de madera, y vió á Maximiliano, que no faltaba ningún domingo á aquella amorosa cita muda. Le vió con simpatía. Notaba gozosa que empezaban á perder valor ante sus ojos los defectos físicos del apreciable joven. ¡Si serían aquellos los brotes del amor por la hermosura del alma! Lo que más consolaba á Fortunata era la esperanza, cada día más firme, porque el capellán se lo había dicho no pocas veces en el confesonario, de que cuando se casase y viviese santamente con su marido á la sombra de las leyes divinas y humanas, le había de

amar; pero no así de cualquier modo, sino con verdadero calor y arranque del alma. También le decía esto la forma, *la idea blanca* encerrada en la custodia.

IX

Llegada la noche, y recogidas las *Josefnas* á su dormitorio, las madres permitieron que las *Filomenas* estuvieran en la huerta hasta más tarde de lo reglamentario, por ver si salía un poco de fresco. Eran ya las nueve, y la tierra abrasaba, el aire no se movía; las estrellas parecían más próximas según el fulgor vivísimo con que brillaban, y veíase entre las grandes y medianas mayor número, al parecer, de las pequeñitas, tantas, tantas que era como un polvo de plata esparcido sobre aquel azul intensísimo. La luna nueva se puso temprano, bajando al horizonte como una hoz, rodeada de aureola blanquecina que anunciaba más calor para el día siguiente.

Las recogidas formaban diferentes grupos, sentadas en el suelo y en la escalera de madera que comunica el corredor principal con la huerta, y se quitaban las tocas para disminuir el calor de la piel. Algunas miraban el motor de viento, que seguía inmóvil. Al borde del estanque que está al pie del aparato, había tres mujeres, Fortunata, Felisa y doña Manolita, sen-

tadas sobre el muro de ladrillo, gozando de la frescura del agua próxima. Aquel era el mejor sitio; pero no lo decían, porque el egoísmo les hacía considerar que si se enracimaban allí todas las mujeres, el escaso fresco del agua se partiría más y tocarían á menos. En el opuesto lado de la huerta, que era el sitio más apartado y feo, había un tinglado, bajo el cual se veían tiestos vacíos ó rotos, un montón de mantillo que parecía café molido, dos carretillas, regaderas y varios instrumentos de jardinería. En otro tiempo hubo allí un cubil, y en el cubil un cerdo, que se criaba con los desperdicios; pero el Ayuntamiento mandó quitar el animal de San Antón, y el cubil estaba vacío.

Desde el anochecer se puso allí Mauricia la Dura, sola, sobre el montón de mantillo; y como era el sitio más caldeado, nadie la quiso acompañar. Alguna se le aproximó en son de burla; pero no pudo obtener de ella una sola palabra. Estaba sentada á lo moro, con los brazos caídos, la cabeza derecha, más napoleónica que nunca, la vista fija enfrente de sí con dispersión vaga, más bien de persona soñadora que meditabunda. Parecía lela, ó quizás tenía semejanza con esos penitentes del Indostán que se están tantísimos días seguidos mirando al cielo sin pestañear, en un estado medio entre la mororra y el éxtasis. Ya era tarde cuando se le acercó Belén sentándosele al lado. La miró aten-

tamente, preguntándole que qué hacía allí y en qué pensaba, y por fin Mauricia desplegó sus labios de esfinge, y dijo estas palabras, que le produjeron á Belencita una corriente fría en el espinazo:

—He visto á Nuestra Señora.

—¿Qué dices, mujer, qué te pasa?—le preguntó la excorista con ansiedad muy viva.

—He visto á la Virgen—repitió Mauricia con una seguridad y aplomo que dejaron á la otra como quien no sabe lo que le pasa.

—¿Tú estás segura de lo que dices?

—¡Oh!... Así me muera si no es verdad. Te lo juro por estas cruces—dijo la iluminada con voz trémula, besándose las manos.—La he visto...; bajó por allí, donde está el abanicón de la noria... Bajaba en mitad de una luz..., ¿cómo te lo diré?... de una luz que no te puedes figurar..., de una luz que era, verbigracia, como las puras mieles...

—¡Como las mieles!—repitió Belén no comprendiendo.

—Pues... tan dulce que... Después vino andando, andando hacia acá y se puso allí, de-lantito. Pasó por entre vosotras, y vosotras no la veíais. Yo sola la veía... No traía el niño Dios en brazos. Dió dos ó tres pasitos más y se paró otra vez. Mira, ¿ves aquella piedrecita? Pues allí..., y me estuvo mirando... Yo no podía respirar.

—¿Y te dijo algo, te dijo algo?—preguntó Belén toda ojos, pálida como una muerta.

—Nada...; pero lloraba mirándome... ¡Se le caían unos lagrimones...! No traía nene Dios; *paicia* que se lo habían quitado. Después dió la vuelta para allá y volvió á pasar entre vosotras sin que la viérais, hasta llegar *mismamente* á aquel árbol... Allí vi muchos angelitos, que subían y bajaban corre que corre del tronco á las ramas y...

—Y de las ramas al tronco...

—Y después... ya no vi nada... Me quedé como ciega..., quiere decirse, enteramente ciega; estuve un rato sin ver gota, sin poder moverme. Sentía aquí, entre mí, una cosa, una cosa...

—Como una pena.

—Como pena no; un gusto, un consuelo...

Se acercó entonces Fortunata, y ambas callaron.

—Si están de secreto me voy.

—Yo creo—dijo Belén después de una grave pausa—que eso debes consultarlo con el confesor.

Mauricia se levantó, y andando lentamente retiróse á la habitación donde dormía y tenía su ropa. Creyeron las otras dos que se había ido á acostar, y quedáronse allí haciendo comentarios sobre el extraño caso, que Belén transmitió á Fortunata con todos sus pelos y señales. Belén lo creía ó afectaba creerlo; Fortunata no.

Pero de pronto vieron que la Dura volvía y se sentaba de nuevo sobre el montón de mantillo. Miráronla con recelo y se alejaron.

De pronto sonó en la huerta un ¡ah! prolongado y gozoso, como los que lanza la multitud en presencia de los fuegos artificiales. Todas las recogidas miraban al disco, que se había movido solemnemente, dando dos vueltas y parándose otra vez. «Aire, aire», gritaron varias voces. Pero el motor no dió después más que media vuelta, y otra vez quieto. El vástago de hierro chilló un instante, y las que estaban junto al estanque oyeron en lo profundo de la bomba una regurgitación tenue. El caño escupió un salivazo de agua, y todo quedó después en la misma quietud chicha y desesperante.

Belén se había puesto á charlar por lo bajo con una monja llamada Sor Facunda, que era la marisabidilla de la casa, muy leída y escribida, bondadosa é inocente hasta no más, directora de todas las funciones extraordinarias, camarera de la Virgen y de todas las imágenes que tenían alguna ropa que ponerse, muy querida de las *Filomenas* y aún más de las *Josefinas*, y persona tan candorosa, que cuanto le decían, sobre todo si era bueno, se lo creía como el Evangelio. Basta decir en elogio de la *sancta simplicitas* de esta señora, que en sus confesiones jamás tenía nada de qué acusarse, pues ni con el pensamiento había pecado nunca; mas

como creyera que era muy desairado no ofrecer nada absolutamente ante el tribunal de la penitencia, revolvía su magín buscando algo que pudiera tener siquiera un tufillo de maldad, y se rebañaba la conciencia para sacar unas cosas tan sutiles y sin substancia, que el capellán se reía para su sotana. Como el pobre D. León Pintado tenía que vivir de aquello, lo oía seriamente, y hacía que tomaba muy en consideración aquellos pecados tan superfrolíticos que no había cristiano que los comprendiera... Y la monja se ponía muy compungida, diciendo que no lo volvería á hacer; y él, que era muy tuno, decía que sí, que era preciso tener cuidado para otra vez, y que patatín y que patatán... Tal era Sor Facunda, dama ilustre de la más alta aristocracia, que dejó riquezas y posición por meterse en aquella vida, mujer pequeñita, no bien parecida, afable y cariñosa, muy aficionada á hacerse querer de las jóvenes. Llevaba siempre tras sí, en las horas de recreo, un hato de niñas precozmente místicas, preguntonas, rezonas, y cuya conducta, palabras y entusiasmos pertenecían á lo que podría llamarse *el pavo* de la santidad.

Difícil es averiguar lo que pasó en el cotarro que formaban Sor Facunda y sus amiguitas. Ello fué que Belén, temblando de emoción y con la cara ansiosa, dijo á la monja: «Mauricia ha visto á la Virgen...» Y poco después repetían

las otras con indefinible asombro: «¡Ha visto á la Virgen!»

Sor Facunda, seguida de su escolta, se acercó á Mauricia, á quien miró un buen rato sin decirle palabra. Estaba la infeliz mujer en la misma postura morisca, la cabeza apoyada sobre las rodillas. Parecía llorar.

—Mauricia—le dijo en tono lacrimoso la monja, con aquella buena fe que en ella equivalía á la gracia divina.—Porqué hayas sido muy mala no vayas á creerte que Dios te niega su perdón.

Oyóse un gran bramido, y la reclusa mostró su cara inundada de llanto. Dijo algunas palabras ininteligibles y estropajosas, á las que Sor Facunda y compañía no sacaron ninguna sustancia. De repente se levantó. Su rostro, á la claridad de la luna, tenía una belleza grandiosa, que las circunstantes no supieron apreciar. Sus ojos despedían fulgor de inspiración. Se apretó el pecho con ambas manos, en actitud semejante á las que la escultura ha puesto en algunas imágenes, y dijo con acento conmovedor estas palabras:

—¡Oh mi señora!... Te lo traeré, te lo traeré...

Echando á correr hacia la escalera con gran presteza, pronto desapareció. Sor Facunda habló con las otras madres. Cuando toda la comunidad, á la voz de la Superiora, sé recogía abandonando la huerta y subiendo lentamente á las

habitaciones (la mayor parte de las mujeres de mala gana, porque el calor de la noche convidaba á estar al aire libre), corrió la voz de que la visionaria se había acostado.

Fortunata, que pocos días antes fué trasladada al dormitorio en que estaba Mauricia, vió que ésta se había acostado vestida y descalza. Acercóse á ella, y por su bronca respiración creyó entender que dormía profundamente. Mucho le daba que pensar el singular estado en que su amiga se había puesto, y esperaba que le pasaría pronto, como otros *toques* semejantes, aunque de diverso carácter. Largo tiempo estuvo desvelada, pensando en aquello y en otras cosas, y á eso de las doce, cuando en el dormitorio y en la casa toda reinaban el silencio y la paz, notó que Mauricia se levantaba. Pero no se atrevió á hablarle ni á detenerla, por no turbar el silencio del dormitorio, iluminado por una luz tan débil que le faltaba poco para extinguirse. Mauricia atravesó la estancia sin hacer ruido, como sombra, y se fué. Poco después Fortunata sentía sueño y se aletargaba; mas en aquel estado indeciso entre el dormir y el velar, creyó ver á su compañera entrar otra vez en el dormitorio sin que se le sintieran los pasos. Metióse debajo de la cama, donde tenía un cofre; revolvió luego entre los colchones... Después Fortunata no se hizo cargo de nada, porque se durmió de veras.

Mauricia salió al corredor, y atravesándolo todo, se sentó en el primer peldaño de la escalera.

—Te digo que me atreveré...

¿Con quién hablaba? Con nadie, porque estaba enteramente sola. No tenía más compañía en aquella soledad que las altas estrellas.

—¿Qué dices?—preguntó después como quien sostiene un diálogo.—Habla más alto, que con el ruido del órgano no se oye. ¡Ah!, ya entiendo... Estate tranquila, que aunque me maten, yo te lo traeré. Ya sabrán quién es Mauricio la Dura, que no teme ni á Dios... ¡Ja, ja, ja!... Mañana, cuando venga el capellán y bajen esas tías pasteleras á la iglesia, ¡qué chasco se van á llevar!

Soltando una risilla insolente, se precipitó por la escalera abajo. ¿Qué demonios pasaba en aquel cerebro?... Entró por la puerta pequeña que comunica el patio con el largo pasillo interior del edificio, y una vez allí pasó sin obstáculo al vestibulo, tentando la pared porque la obscuridad era completa. Se le oía un cierto rechinar de dientes y algún monosilabo gutural, que lo mismo pudiera ser signo de risa que de cólera. Por fin llegó palpando paredes á la puerta de la capilla, y buscando la cerradura con las manos, empezó á rasguñar en el hierro. La llave no estaba puesta... «¡Peines y peinetas! ¿Dónde estará la condenada llave?», murmuró con un

rugido de hondísimo despecho. Probó á abrir valiéndose de la fuerza y de la maña. Pero ni una ni otra valían en aquel caso. La puerta del sagrado recinto estaba bien cerrada. Siguió la infeliz mujer exhalando gemidos, como los de un perro que se ha quedado fuera de su casa y quiere que le abran. Después de media hora de inútiles esfuerzos desplomóse en el umbral de la puerta, é inclinando la cabeza se durmió. Fué uno de esos sueños que se parecen al morir instantáneo. La cabeza dió contra el canto como una piedra que cae, y la torcida postura en que quedaba el cuerpo al caer doblándose con violencia, fué causa de que el resuello se le dificultara, produciéndose en los conductos de la respiración silbidos agudísimos, á los que siguió un estertor como de líquidos que hierven.

Aletargada profundamente, Mauricio hizo lo que no había podido hacer despierta, y prosiguió la acción interrumpida por una puerta bien cerrada. Faltó el hecho real, pero no la realidad del mismo en la voluntad. Entró, pues, la tarasca en la iglesia, y allí pudo andar sin tropiezo, porque la lámpara del altar daba luz bastante para ver el camino. Sin vacilar dirigió sus pasos al altar mayor, diciendo por el camino: «Si no te voy á hacer mal ninguno, Diosecito mío; si voy á llevarte con tu mamá que está ahí fuera llorando por ti y esperando á que yo te saque... ¿Pero qué..., no quieres ir con tu mamáita?...